

## La clínica. Pre y Postgrado: Historia de un recorrido compartido

*Esther Aznar*

Psiquiatra. Psicoanalista de la Sociedad Psicoanalítica de Caracas. Directora del Departamento de Niños y Adolescentes. Profesora del Postgrado en Psicología Clínica Comunitaria de la UCAB. Profesora del Diplomado de Psicoanálisis de Niños y Adolescentes. Conferencista.

### SALUDOS Y AGRADECIMIENTOS

Rector, Padre José Virtuoso, s.j., vicerrector, profesor Gustavo Peña, directora de la Escuela de Psicología, prof. Ana Gabriela Pérez, profesores, estudiantes, público general. Profesoras Milena Matos y Estrella Pinto, compañeras de mesa. Ana Gabriela Pérez, Moderadora.

Estoy muy emocionada y agradecida por esta invitación. Me dijeron esto era una exposición de historia, que tuviera algo vivencial. Ha sido para mí un placer hacer este recuento. Al escuchar a Silvana, a Juan Carlos, a María Alejandra y a Manuel, estoy aún más emocionada, si es posible.

### HISTORIA

Mi llegada a la UCAB y a la Escuela de Psicología fue de la mano de Ascensión de Arruche en la primera mitad de los años 80. No pudo haber mejor mano para guiar mi entrada a este recinto, ya que yo no pertenecía a esta Universidad.

Me recibieron entonces el padre Julio Velilla y Miguel Ángel Gómez (para entonces Director de la Escuela), a quienes siempre agradeceré esa oportunidad.

El terreno estaba abonado por Ascensión y por el Dr. Fernando Rísquez. Me habían precedido nombres de máxima relevancia de la historia de la clínica en este país, el Dr. José Luis Vethencourt, por concentrar en él cuanto pudiera decir al respecto. Una gran responsabilidad me abrió las puertas. Creo que me hablaron de uno o dos años de prueba. Todavía ando por aquí.

Mi recuerdo en estos momentos, a mis compañeros de cátedra: Niksa Fernández en el Clínico, Ángel Martínez de la Riva, en la Unidad de Higiene Mental La Castellana y en El Peñón, luego Nelson Castellanos y Estrella Pinto en el Hospital Militar. El Dr. Maggi y el Dr. Manuel Ortega nos hacían una antesala con Psicopatología.

Pese a que yo no era psicóloga, a que era más joven que mis primeros compañeros de la cátedra y a que comenzaba la formación psicoanalítica, Ascensión insistía en querer hacerme ese regalo. Y Ascensión, que para ese momento estaba ya en vías de jubilación del Hospital Militar, lo logró. Nunca será bastante mi gratitud por ese regalo. Menos mal que pude decírselo muchas veces y me vio disfrutarlo algunos años. Había sido una pionera, quizás la primera gran representante y maestra del Rorschach entre nosotros. Pasó el testigo luego a otra queridísima egresada de esta Escuela que en estos días tendrán también por aquí, Ana Herrera, amiga entrañable de casi todas las

lides, hospital, psicoterapia, psicoanálisis y cuánto más. No sólo digna seguidora del estudio de Rorschach, sino creadora con otros distinguidos psicólogos, de la Sociedad Venezolana de Rorschach.

El terreno abonado que mencionaba no obedecía solamente a que tanto el Dr. Rísquez como Ascensión eran pioneros y profesores de gran prestigio y trayectoria en esta casa. Eso tenía por supuesto mucha importancia. Pero era la formación que habíamos tenido en el Hospital Militar, en el Servicio de Psiquiatría, en el postgrado de la época, donde habíamos convivido, como con Ascensión, con las psicólogas que habían sido nuestras maestras, jefas de todo, guías de todos. Las psicólogas, jefas de departamentos (la consulta externa, interpiso, hospitalización, casi en su totalidad egresadas de la UCAB).

El Dr. Rísquez hizo en aquel servicio de psiquiatría de los años 1970 -antes y después- un hito en la historia de este país y creo, sin pasión, que del mundo. Él tenía debilidad por las psicólogas. Hablo en femenino porque para la época no teníamos entre nosotros, en el Hospital, psicólogos varones, después llegaron algunos al servicio y a la Escuela muchos más. Afortunadamente. La debilidad no consistía en que piropear a las psicólogas (por demás descontado). El asunto era el lugar que daba a la Psicología y a los psicólogos, el reconocimiento de igualdad dentro de lo clínico, al punto que en aquellos años 70, antes y después, en un hospital militar, eran como he dicho las psicólogas las jefas de los departamentos, las primeras supervisoras de psiquiatras y psicólogos. Las que asistían a la par de los psiquiatras en las salas de hospitalización o emergencia. Tal es así que el Dr. Rísquez se casó con una de ellas (Estrella Parra de Rísquez) a quien dedicó su libro *Conceptos de Psicodinamia*, y a quien no sólo nombró en la dedicatoria: “Alta, serena, discreta y profunda”, sino a quien se refería como encarnación de lo que honraba en todas sus alumnas, discípulas, en su decir, “...con especial mención a la que se casó conmigo”.

Eso lo encontré años después en el mundo psicoanalítico, no importando la tendencia o escuela: Freud, Lacan, Jung. Analistas, clínicos ya desdibujados en su origen. Pero tuvieron que pasar años también.

Las dos primeras psicólogas psicoanalistas de este país: Ana Teresa Torres (a quien con suerte tienen aquí estos días) y Estrella Parra de Rísquez. Son ambas de esta Escuela. Algo había aquí desde hacía mucho tiempo. Se abría un espectro que no llegó a igualarse en ningún postgrado o servicio de psiquiatría del país, y repito, creo muy pocos del mundo.

Eso y sólo eso, (cariño aparte) fue lo que hizo posible que Ascensión hiciera aquella ecuación que me trajo hasta aquí y sin duda fue eso lo que logró por tantos años el milagro de poder pertenecer a esta casa, pasando casi inadvertida para ustedes y sin duda para mí.

Eso hace que el Día del Psicólogo mucha gente me felicite, casi todos a sabiendas, en un guiño de complicidad e inclusión, de reconocimiento. Y yo a mi vez, digo que quizás me habrían dado la equivalencia, pero no he presentado todavía las de Gustavo Peña (risas). Y no sé si las pasaría... Los psicólogos llegaban a 5º año, a la Clínica, desde la ciencia: experimental, psicometría, estadística, finalmente Psicopatología, pruebas proyectivas y sistemas psicológicos. Los médicos llegábamos desde la muerte en los primeros años de Medicina (anatomías, disecciones, tubos de ensayo y microscopios) y luego desde la clínica general y el sufrimiento humano en los hospitales. Encontrados en el camino de la clínica, al encuentro con el sufrimiento, la psique en sus estados más alterados, las miserias humanas, la hospitalización psiquiátrica, la “locura”, el deterioro.

Ya pasadas las descripciones decimonónicas de la psiquiatría alemana o francesa, Kraepelin, Bleuler, Henry Ey, tratábamos de hacer un pasaje por una clínica con la influencia de otras disciplinas importantes en la identidad del psicólogo. Había que acompañarlos en el miedo a la locura, a verse a sí mismos como sujetos del inconsciente. Alertarlos sobre aquello de que “los sueños de la razón crean monstruos”, enseñarlos a salvar la distancia del

evaluador al terapeuta, con todas sus implicaciones, acercarlos al “curador herido” de Jung (que se aproxima y sana desde su propia herida), ayudarlos a entender las semejanzas dentro de las diferencias entre el que escucha y el que es escuchado. El terapeuta y el paciente. La escucha versus la observación que clasifica desde la distancia. Las limitaciones de la omnipotencia, la frustración de la misma, el asombro, la humildad, la compasión, el respeto al otro, el furor curandis...

Por eso me detenía tanto en la historia.

Sentía que había que transitar el largo camino de la historia de la enfermedad y la enfermedad mental. Les leía los Consejos de Esculapio y el placer de sanar y asistir a la mejoría de los otros. Que supieran del *Primum non nocere* (primero no dañar), si es posible curar, siempre aliviar.

Había que tocarles el corazón.

Y también saber del camino de la historia terapéutica. Baños calientes y fríos, aislamientos, cadenas, tormentos, hogueras, hospicios, manicomios, más aislamiento y más cadenas. Pinel, la Salpêtrière, Charcot, Breuer, Freud, la histeria y la escucha. Los sueños, lapsus, delirios y el discurso como caminos al Inconsciente. La ruptura epistemológica del Psicoanálisis. Hacer sentido a lo aparentemente inexplicable. Las transferencias de ida y vuelta en los procesos. Las resistencias a mejorarse y sanar. Y también el advenimiento de la medicación, para bien y para mal. Debían saber de la lobotomía, de los shocks insulínicos y del electroshock que nos precedían (esto quizás lo escuchan muy pretérito. No lo es tanto.

Está en mi propia historia, en mi espanto, en mi huida a otras opciones). Tenían que saber de Freud, Jung, Lacan, Pavlov, Skinner, Moreno. De la Antipsiquiatría (Laing, Cooper, Basaglia), que no era estar en un “anti” la psiquiatría. De los hospitales dignificados, del servicio de Psiquiatría en el Hospital General. De los avances en Medicina, en Filosofía y en la Psicología, en Psicometría. Del Rorschach, del Bender, del Wais... De la Psicoterapia. Del Humanismo, de la Gestalt, del Psicodrama, en fin. De los pacientes, los terapeutas, de los conceptos de psicoanálisis insertos en la atención hospitalaria, de la consulta, de los equipos interdisciplinarios, de la medicina psicosomática, de la psicoterapia de niños, de grupos...

De la Ética. Aquí me detengo para dedicar unas palabras muy especiales para el Padre Luis Azagra y aunque tiempo después, y de otra manera, al Padre Baquedano. Ambos amigos, de la misma localidad Navarra, que sincrónicamente los reencontró después de muchas cosas compartidas en esta “Tierra de Gracia” que sembraron de saberes y bondades. Allí los reencontró cuando Azagra, casi fugado, llegó para reposar en su tierra, volviendo a Baquedano, a quien despediría y daría su último responso hacia la luz y la eternidad.

Desde el animismo y los conceptos mágico religiosos de la enfermedad, las hipótesis orgánicas y finalmente la aproximación psicológica, yo presentaba ya una clínica dinámica. Luego llegaría el DSM. Mi postura dinámica analítica matizó la clínica clásica. Complementada por los invitados de otras vertientes que nos ilustraban en las otras comprensiones y complementaban áreas donde yo no tenía experiencia. Cognitivo conductuales, humanistas, etc. A instancias de Álvaro Ochoa, Director de la Escuela, que insistió en la importancia de dicha presencia, hoy allí sentado. Después de esa marca iniciática, ya podían hacer cualquier cosa: escolar, industrial, clínica en cualquiera de sus vertientes. Habíamos sembrado el afán por el conocimiento del otro y el propio. El afán por el estudio.

Había que relajar las presiones de cuatro años o más para encontrarnos después en un quehacer tan duro, tan intenso. Había que rescatar la búsqueda en el ser humano, además del encuentro con lo clínico, más allá de lo patológico. Ese “todo que es más que la suma de las partes”, ese bosque que es más que irlo desglosando en árboles

clasificados, conocidos. Toda la belleza, la poesía, lo luminoso y lo sombrío que a veces se esconde, se pierde, se traspapela en nosotros y en los otros. Con la necesaria humildad frente a lo misterioso, frente a lo complejo de lo humano, más allá de los mecanismos de defensa o del nombre sintomático que nos puede calmar en un momento, si lo acertamos. La vida nos dio la oportunidad de reencontrarnos luego como clínicos, pero también en colegios, postgrados, otros.

Fuimos colegas, amigos, orgullo de verlos, hacer equipo. De apoyarme en ellos, muchas veces después. Humanistas, conductuales, analistas, industriales, gerentes, estudiosos de las Neurociencias dentro y fuera del país desfilaron por allí y escogieron sus caminos. Sin prédica proselitista, no se dictaron directrices más allá del respeto al otro y a sí mismos. El oficio con pasión y ético. Y así cada quien encontró su camino. En libertad... “sin miedo y sin ira”, como decía la vieja canción.

Anhelo que aún mantengo. Y cómo no darle un minuto al anhelo por un puente que nos vuelva a acercar a todos para construir y reencontrarnos por el bien de nuestro país. La maravilla de la docencia (JL San Pedro “en amor y subversión”). Subversión no terrorista, subversión del pensamiento, por la búsqueda libre, no sumisa del conocimiento, la libertad de pensar y poder decir. Y le agrego, con alegría, con humor.

Había que enseñar y acompañarlos en tantas cosas. La clasificación de las psicosis y neurosis también. Hasta para eso nos daba tiempo. El ciclo se cumplía y yo dejaba paso a mi relevo. Estrella Pinto, compañera de mesa hoy, antes compañera del Hospital, (que no sé si también entró a prueba dos años...) y que la tienen también por aquí todavía. No pasaron más de cuatro años de pausa, cuando vino el Postgrado. Juan Carlos Romero me convocó. En la oficina de Álvaro Ochoa, Director para la época, jugábamos con la idea, la fantasía, con el proyecto de un Postgrado. Alguien me tapó los ojos (replicando ese juego de, “¿Sabes quién soy?”). Era el Padre Azagra. El Padre y yo teníamos una comunicación profunda, muy cariñosa y de humor. Me propusieron hacer un programa de Dinámica, de Intervención. Otro regalo...

Ahora ya más grandes los estudiantes, con ganas de hacer oficio para sumergirse en lo clínico y en lo social. Extraordinaria integración, la Clínica Comunitaria. Un Postgrado para psicólogos. Que se va separando del modelo médico para integrarse a lo comunitario tan cercano a la Universidad, a la Escuela y a mucho del quehacer Jesuita. Agradezco tanto el reencuentro con algunos, de nuevo, alumnos o ya profesores, amigos. La actual Directora de la Escuela Ana Gabriela Pérez, por ejemplo. Yo pude desplegar aquí, y gracias a ustedes, mis más preciadas, íntimas, inquietudes de compartir experiencia, conocimiento. Tan importantes que hoy en día encuentro amigos en mis ex alumnos, compañeros de trabajo, pares. Doy gracias a todos, presentes y ausentes, mencionados o no.

Estos más de treinta años, que además vieron al Padre Azagra bautizar a mi hija en la capilla del tercer piso, al que luego fue en cesta, coche, y donde después correteó con las alumnas que la llevaban al cafetín cuando la traía a clase ocasionalmente. Cuando le dije que estaba embarazada al Padre Azagra, en una conversación inolvidable, me abrazó y me dijo: “Nos has hecho abuelos”.

Oyendo a Juan Carlos en su anécdota de los hijos y el Padre, pensé, sin alharacas se sintió padre y hasta abuelo alguna vez. De hecho, muchos en el Parque o en la Escuela, lo nombraban sólo como “el Padre” y ya sabíamos a quién nos referíamos. Gracias por permitirme transmitir de hecho que las distancias entre psicólogos y psiquiatras pueden ser inexistentes si nos encontramos en el camino clínico del querer conocer y entender lo humano, el sufrimiento, el deseo, el intrincado mundo interno y sus conflictos, empezando por nosotros mismos, en ese contrastar a diario con el Otro, aunque vengamos de distintos orígenes. En ese interjuego con lo social- comunitario. He tenido y tengo otros espacios de docencia. La Escuela de Psicología de la UCAB y el Postgrado me han permitido como ninguno desplegar mi amor y gusto por la docencia. Seguramente de los más importantes de mi vida. La

alegría de venir todavía los viernes a las 7.00 am e insistirle a Juan Carlos que dure más, que alarguen el semestre, y decirle año tras año que si todavía me convoca, yo encantada vendré. Gracias siempre amigo, que nos conocimos en el tercer piso de Pregrado, nos reencontrarnos en el Postgrado de la UCV, y luego en esa maravilla que es el Parque Social, (donde vemos regocijado, contemplarnos, el padre Azagra) con la energía de la que nos ha hablado hoy la Prof. Silvana Campagnaro. Siempre agradecida de que pensarán en mí para ese proyecto donde me reencontré con algunos de mis ex alumnos de Clínica y otros nuevos amigos colaboradores. Manuel Llorens, María Alejandra Corredor, John Souto, Alejandra Sapene, María Alejandra Barreto, Guadalupe, Aurelio Calvo, por nombrar algunos, tantos profesores queridos y estudiantes.

Ana Gabriela, por ejemplo, con quien me unen recuerdos de clases, imitaciones, risas y misas rocieras, y otros tantos intangibles. Gracias por invitarme a esta celebración y compartir mesa hoy. Me hace un guiño Ana Gabriela y creo que más que autorizarme, me invita a contar una bella anécdota compartida. Terminaban las clases de 5° año. Yo pedía este auditorio para presentar un trabajito audiovisual que había hecho de Adolescencia (diapositivas en carrusel y un artesanal cassette de música y narración que sonaba en un aparato color lila que me prestaba mi hija). Terminado el trabajo sobre el transcurrir adolescente con “Imagine” De John Lennon de fondo, todos nos abrazábamos llorosos, de nuestro propio camino recorrido. La separación a término, la vida por venir, el pasaje y pase de mundo. El rito iniciático. Me dijeron me sentara de nuevo. Tenían algo para mí. Entonces, Ana Gabriela y María Alejandra Barreto bajaban por aquella escalera, imitándonos a mi hija y a mí en un diálogo imaginario inspirado en las ocasiones en las que habíamos venido las dos a clase. Un bello obsequio de cierre inolvidable y risas que daba a la despedida un sabor de gusto por crecer y volar, más allá del duelo por dejar el nido. En este mismo auditorio, pienso ahora con ustedes, uno de mis juegos de imaginación preferidos:

Si nos hubieran dicho entonces, deteniendo el tiempo para jugar a ver el futuro, que en este mismo lugar, casi 30 años después: “Tú, Ana Gabriela, serás la Directora de la Escuela. Tú, Esther, seguirás dando clase en un postgrado que aún no existe. La niña de la imitación, la que correteaba los pasillos, habrá estudiado Filosofía en estas aulas y andará por otros caminos cuando en un acto de celebración de los 60 años de la Escuela de Psicología compartirán mesa y recuerdos y orgullos de pertenencia y de vivencias. De nuevo estarán en un auditorio lleno de jóvenes como aquellos, y de nuevo escucharán y reirán, y quizás alguno todavía alcance a ser alumno tuyo, Esther, y dentro de muchos años más, en otras jornadas...” Así la rueda seguirá haciendo historia, camino, ritos de iniciación, trayectoria de muchos transeúntes que pasamos por aquí. A todos.

Agradezco de corazón la libertad de cátedra de la que siempre disfruté. Poder transmitir desde la vivencia el error, las angustias, algunos aciertos también, las penas y alegrías, las satisfacciones del oficio. Y hoy, con este tercer regalo, la oportunidad de repasar el recorrido. Agradecer a todos el poderlo compartir y celebrar juntos, lo que hemos podido dar y recibir en esta casa, en circunstancias más y menos favorables.

Quizás tienen que pasar muchos años para que los más jóvenes lleguen a entender que no es un lugar común o un recuerdo Franciscano el que recibimos dando aún más de lo que dejamos.

Larga vida a la Escuela. A la Universidad. A la formación de psicólogos y profesionales de alta calidad para nuestro país. Pero a la vez, sobre todo, de alta calidad humana, compromiso y ética, siempre.

Muchas gracias.